

## Prólogo

**S**ubí la escalinata que conducía a la mansión victoriana conocida como el Castillo Mágico y me detuve un momento para recobrar el aliento. No me podía creer que estuviera en este lugar sagrado. ¿Estaba realmente en California, rodeado de palmeras y plantas tropicales rojas que parecían llamas? Cerré los ojos y los volví a abrir por si era un sueño. El cielo me pareció incluso más azul y la mansión más grandiosa e impresionante si cabe. Sí, estaba de veras en este lugar.

Las puertas gigantescas de madera tallada eran tan gruesas y pesadas que para abrirlas tuve que empujarlas con el hombro. Giré el pomo hacia la izquierda y luego hacia la derecha, pero no se movieron ni un ápice. ¿Y si después de lo que me había costado viajar hasta aquí no podía entrar en el Castillo Mágico? Pero no debería haberme preocupado, porque de pronto apareció un elegante caballero ataviado con un esmoquin.

—Buenas tardes, joven —dijo—. Supongo que no conoces lo del búho.

Sacudí la cabeza. No sabía de qué me estaba hablando.

—Pues levanta la cabeza y mira a la derecha.

Un búho disecado me estaba mirando fijamente posado en una percha.

—Dile la contraseña y podrás entrar.

—No sé cuál es —repuse preocupado.

Había oído decir que Estados Unidos era un país muy distinto a cualquier otro y creí que tal vez para visitar un lugar nuevo era necesario pronunciar una contraseña.

—¿Qué es lo que dirías si quisieras entrar en una casa?

Reflexioné un momento. Aunque mi inglés fuera bueno, no se podía decir que lo hablase de fábula.

—¿Ábrete?

—¡Te ha faltado poco! La contraseña es «ábrete sésamo».

—¡Ábrete sésamo! —grité con orgullo, y la puerta se abrió de par en par.

Atravesamos un vestíbulo tan exquisito que me dejó sin habla.

—¡Oh! —exclamé embelesado, y luego enrojecí por mi reacción.

En la sala había espejos, arañas doradas y una chimenea encendida con el fuego crepitando. El corazón me martilleaba en el pecho. ¡Cuántas cosas había por ver! El caballero del esmoquin se despidió con una reveren-

cia y se fue a recibir a otro visitante, con lo que me llevé un buen chasco, tenía la secreta esperanza de que me mostrara el interior de la mansión.

Había oído hablar del Castillo Mágico toda mi vida, pero ahora que estaba en él no sabía hacia dónde ir. Lo único que tenía claro era que quería ver una cosa sobre todo. Miré el reloj de pie del vestíbulo. No tenía demasiado tiempo.

Giré a la derecha y vi un pequeño museo de cera con figuras alineadas de magos famosos. No reconocí la del mago bigotudo plantado en la entrada con una chaqueta de terciopelo. Pero parecía tan real que no pude evitar alargar con cautela el brazo para tocarle la mano. La siguiente puerta era la de una biblioteca repleta de tantos libros de magia encuadernados en cuero que era imposible leerlos en una sola vida. Más al fondo del pasillo había una habitación destinada a las sesiones de espiritismo con una mesa para que la gente se pudiera comunicar con los difuntos. Eché un vistazo a todas las estancias sin entretenerme demasiado en ninguna. La gruesa alfombra amortiguaba el sonido de mis pasos. Seguí avanzando hasta encontrar la escalera de caracol que buscaba.

La subí agarrándome a la barandilla. Las paredes estaban cubiertas con retratos de los magos más famosos del mundo y reconocí a muchos de ellos porque salían en las historias que mi madre me contaba de niño al acostarme. Vi a Howard Thurston, el Rey de las Cartas, protagonista del mayor espectáculo de ilusionismo

ambulante del mundo. A Harry Blackstone, el mago americano de bigote negro, famoso por cortar con una sierra a una mujer por la mitad, mi truco de magia favorito. A Harry Houdini, el mago entre los magos. Y también vi el retrato del tipo al que yo mejor conocía, un caballero alto de pelo lacio negro y dedos finos, sosteniendo la máscara de su propio rostro. Había visto copias de esta foto a lo largo de toda mi vida, pero nunca me cansaba de mirarla. Era el mago que me había cambiado la vida.

## I

**E**n Moscú, poco antes de la disolución de la Unión Soviética, ser artista circense se consideraba uno de los trabajos más prestigiosos.

El circo de Moscú era el más respetado y querido en un país que se tomaba los espectáculos circenses muy en serio, cuando se consideraban una forma de arte tan respetada como la ópera o el ballet. Los miembros de la compañía se entrenaban en el arte de las acrobacias, las bufonadas, el malabarismo y el contorsionismo en unas instalaciones subvencionadas por el gobierno.

En aquella época, la Unión Soviética utilizaba el circo como instrumento propagandístico y en muchos de los espectáculos más antiguos se contaban cuentos y escenificaban proverbios o leyendas populares que fomentaban la causa soviética. Pero algunos artistas circenses hartos del control del Estado ansiaban la libertad para ganar un mejor sueldo en el extranjero. Y era de lo

más habitual oírles hablar de huir del país. Ninguno de ellos se imaginaba que el imperio tuviera los días contados ni que sus vidas fueran a cambiar de la noche a la mañana al ser más libres.

Excepto Yevgeni Voronin, que estaba convencido de que acabaría siendo uno de los mejores magos del mundo. Además de ser un gran artista, era el soñador de la compañía, tenía debilidad por el espectáculo y el fausto, aunque sólo lo conociera de los libros y las películas.

El problema era que aún no había sacado al gran mago que llevaba dentro. Pero Voronin lo entreveía al mirarse al espejo, incluso mientras se maquillaba para el espectáculo de la noche, sentado en el camerino. Sabía que pronto sería un mago famoso, sólo debía seguir ensayando y creyendo en sí mismo, no era más que una cuestión de tiempo.

Nadie habría dicho que era atractivo, pero a Voronin le gustaba considerarse un tipo elegante, incluso principesco, sobre todo visto bajo cierta luz. A los 39 años se engominaba su pelo negro como el azabache, se maquillaba ligeramente la nariz aguileña y se pintaba los finos labios. Su 1,85 metros de estatura lo convertía en uno de los artistas más altos de la compañía y también en el más delgado. Pero llevaba tantos abrigos para protegerse del frío glacial que apenas nadie lo advertía.

Los artistas circenses se estaban preparando calentando los músculos y ensayando entre bambalinas, su base cuando no estaban de viaje. Acababan de volver de una gira de un mes de duración por la Unión Soviética.

tica y dentro de poco iban a actuar ante el público moscovita.

Un forzudo hacía malabarismos con botellas mientras una chica morena con un cuerpo de infarto sostenía una antorcha encendida que pronto se introduciría en la boca. Dos jóvenes rubísimas unían las manos y practicaban piruetas hacia atrás. Un payaso fumaba de pie en un rincón con una sonrisa pintada en su triste boca. Una pareja joven vestidos con trajes de lentejuelas hacían acrobacias sin pasión ni ilusión. Por fuera, la ventana estaba cubierta con una cortina blanca de nieve.



Voronin se levantó y echó un vistazo al público asomándose por el telón. Había muy pocos espectadores por culpa de la nevada y el frío glacial. Las butacas de la platea eran las únicas que estaban ocupadas y algunas personas mayores parecían haber entrado sólo para calentarse y quizá dormir un rato.

—No hay más que cuatro gatos, ¿verdad? —preguntó Oleg, el mayor de la pareja de payasos, con su redonda cara de sapo envuelta en el humo del cigarrillo.

—Un artista no actúa para el público, sino para sí mismo —apuntó Voronin.

—Sí, sí, es verdad —repuso Oleg sonriendo, dándole una palmadita en la espalda mientras salía al escenario.

Voronin saludó al público con una reverencia antes de ejecutar sus trucos de magia con gran ceremoniosidad y celo.

*Todos se merecen el mejor espectáculo que pueda ofrecerles, pensó, sonriendo. ¡Imagínate si entre el público se encontrara un rey o una reina!*

Sabía que algunos compañeros suyos —sobre todo los payasos— se reían de la formalidad de sus gestos, pero a él le daba igual. La magia no era sólo su vocación, sino también su pasión. Aunque su actuación no fuera impecable, llegaría a serlo un día. Estaba convencido de ello.

Empezó con un truco de cartas, haciéndolas aparecer entre sus dedos de la nada, y al ver el poco interés del público, pasó enseguida al truco de la chistera. Mientras intentaba sacar de su interior una cuerda roja, tiró sin querer al suelo la mesita ante la que actuaba. Recuperándose enseguida del planchazo, siguió actuando como si nada, con seriedad y estilo. Entre el público se oyeron unas risitas ahogadas, aunque Voronin no tenía claro si se debían a su torpeza o a las conversaciones que mantenían los espectadores.

La pareja de acróbatas le observaba entre bambalinas, esperando su turno para salir al escenario. Voronin se despidió con una reverencia al terminar la actuación y se dirigió con paso ligero al camerino. Una vez en él, se miró al espejo. Había oído el aplauso desganado del público, pero no dejó que le afectara.

Cerró los ojos un momento y luego contempló en la pared el cuadro que siempre llevaba dondequiera que



fuera: una pequeña copia de *Las espigadoras*, del pintor francés Jean François Millet. El cuadro representaba una escena de lucha y supervivencia bañada por la luz dorada del sol: unas pobres campesinas recogiendo los restos de las cosechas. Aquellas mujeres inclinadas con la espalda destrozada siempre le conmovían. Había sido la vida que sus padres habían llevado en la granja de una provincia del oeste, pero él no correría la misma suerte.

Después de sacarse el maquillaje, Voronin decidió irse derecho a casa sin esperar a que terminara el espectáculo. Se puso casi toda la ropa que tenía: tres capas de abrigos, dos pares de guantes y cuatro bufandas. Llevaba tanta ropa encima que apenas podía mover los brazos. Empujó con fuerza la puerta de la parte trasera azotada por el viento invernal. Una ráfaga de aire gélido y de nieve estuvieron a punto de arrojarlo al suelo.

Se quedó plantado en medio de la calle desierta y silenciosa donde apenas se veía un alma, rodeada de edificios de pisos, unos bloques grises de cemento. A lo lejos, en una zona sin un solo árbol, una chimenea despedía una larga columna de humo.

Voronin, encogiéndose el cuello, echó a andar contra el viento. Apenas circulaban coches, pero los autobuses y los taxis a esa hora del crepúsculo iban ya con los faros encendidos, repletos de hombres con sombreros negros y mujeres con bufandas. Después de recorrer varias manzanas, entró en el edificio donde vivía y cruzó el ruinoso vestíbulo. Sobre una mesa había una pila de cartas, y mientras las revisaba por si alguna iba dirigida

a él, se abrió una puerta y una mujer de mediana edad se asomó por ella con un gatazo rubio en brazos.

—Hola, señora Komarov. ¿Cómo está de la neuritis?

La mujer salió al rellano caminando ruidosamente con la ayuda de un bastón. Dejó el gato en el suelo para que se restregara contra las piernas de Voronin.

—Peor que nunca por culpa del frío. *Leopoldo* le ha reconocido al oír sus pasos. Quería verle.

Voronin cogió varias cartas de la pila y se agachó para frotarle la cabeza al gato.

—Usted necesita una mascota, no es bueno que un hombre viva solo —le aconsejó la señora Komarov.

—Seguramente tiene razón, pero viajo mucho —repuso Voronin enderezándose y echando una mirada a la casa de su vecina—. ¿Quiere que pase a ver a Ivan?

—¿Tiene tiempo? ¡No sabe lo contento que se pone cada vez que le hace un truco de magia!

Al entrar en la casa de su vecina, Voronin se encontró con un adolescente sentado a la mesa. Por su espalda torcida y su forma ladeada de sentarse, se notaba a ojos vistas que era un tullido.

—Hola, señor Voronin.

—Hola, Ivan. Hoy hace un frío que pela, ¿verdad? Se me ocurrió entrar a tomar un poco de sopa —dijo mirando a la señora Komarov. Ella se fue a la cocina y le ofreció un bol lleno de sopa y una cuchara.

Voronin se sentó frente a Ivan y sostuvo en alto la cuchara antes de meterla en la sopa.

—¡Vaya, qué torcida está! Veamos si puedo enderezarla —dijo. Presionándola, hizo como si la doblara por la mitad.

El chico soltó una carcajada.

—Mamá, mira lo que ha hecho con la cuchara. La ha doblado.

—Lo siento mucho. ¿Podría traerme otra, por favor?

La señora Komarov hizo varios viajes a la cocina trayéndole cada vez un cubierto. Voronin «dobló» otra cuchara, y luego un tenedor, un cuchillo, una cucharita salsera y dos cuchillos espátula. Los cuchillos le costaron un poco de «doblar», pero Ivan no pareció advertirlo. Cuando Voronin se levantó para irse, vio que Ivan estaba ahora más animado y que sus pálidas mejillas habían adquirido un poco de color.

—Gracias, Voronin —dijo su vecina despidiéndole junto a la puerta—. Usted siempre le hace mucho bien a mi hijo.

Llevándose las cartas, Voronin subió hasta la tercera planta. Después abrió la puerta de su pisito esquinado, en el que llevaba viviendo más de 20 años. El yeso de las paredes estaba desconchado y el viento agitaba las desgastadas persianas echadas. Los únicos muebles visibles en la penumbra eran una pequeña cama impecablemente hecha, el tocador con un montón de material para sus trucos, y una mesa de cocina con dos sillas. Intentó encender la luz del techo, pero al parpadear la bombilla y apagarse, subió las persianas. Se sacó las bufandas, los abrigos y los guantes y los lanzó en un perchero. Encen-

dió el fogón y puso agua a hervir. Tras preparar una taza de té, se sentó y abrió las cartas.

Después de abrir varios sobres, descubrió una carta del gobierno y se le iluminó el rostro de alegría. La leyó en voz alta: «El Ministerio de Cultura desea tener una cita con usted. Le rogamos que se presente en el edificio del ministerio el miércoles, a las nueve de la mañana».

Voronin se levantó de un salto, tirando la silla al suelo.

—¡El Ministerio de Cultura quiere verme! ¡Será para comunicarme una buena noticia!

Se puso a dar vueltas por la habitación hecho un manojo de nervios. Abrió la puerta del apartamento y echó un vistazo al pasillo para compartir la noticia con algún vecino, pero estaba desierto. Después abrió la ventana y dejó que se colara una ráfaga de viento helado, pero la cerró enseguida. De pronto cayó en la cuenta de que las únicas personas con las que quería hablar eran sus compañeros del circo y que de todos modos los vería a la mañana siguiente en el trabajo.

Se puso volando la ropa de andar por casa y los abrigos. Luego se tendió en la cama con la carta sobre el pecho.

—¡Serán buenas noticias! —volvió a decir en voz alta, y a los pocos minutos ya estaba durmiendo como un bendito.



Por la mañana Voronin engulló una taza de té y una rebanada de pan con mantequilla a todo correr. Se cambió de ropa y se miró de pasada al espejo al peinarse. Se volvió a poner los abrigos de más encima y bajó las escaleras taconeando. Salió a la calle cubierta de nieve, caminando con más brío que el día anterior. Frente a él se alzaba el ornamentado aunque decrepito edificio del Ministerio de Cultura. Al entrar en el helado vestíbulo, descubrió a sus compañeros del circo alineados contra la pared.

—¡Oh! ¿A vosotros también os han invitado? —les preguntó al acercarse.

—¿Creías que el patrón sólo quería hablar contigo? —le replicó Dmitri.

Voronin, encogiéndose de hombros, se sentó al final de la cola. Nunca lo habría admitido, pero era exactamente lo que esperaba, que este mensaje fuera alguna clase de reconocimiento o distinción dirigido a él en especial.

Habían cruzado el país viajando en una caravana de autobuses y en trenes donde hacía un frío espantoso, hasta llegar a Vyborg, con sus castillos antiguos; a Sochi, en el mar Negro, y al remoto Tomsk, con su antiquísima arquitectura en madera. Los miembros de la compañía circense se enorgullecían de formar parte de una tradición de siglos de antigüedad que se remontaba a la época del reinado de Catalina la Grande, cuando el circo era un entretenimiento popularísimo que apasionaba a toda la sociedad rusa, al margen de la clase social, la educación o la edad de uno.

Pero la *troupe* estaba hasta el gorro de las giras. Ya habían visto todos los lagos, montañas y monumentos habidos y por haber. Las duchas con agua fría, las colas interminables de coches y la insípida comida de las giras no les compensaban. Todo el mundo se moría por cambiar de aires y Voronin era el que más lo deseaba. Se imaginaba viajando por todo el mundo como algo asociado a la lujosa vida que llevaría un día cuando fuera un mago famoso.

Su eterno optimismo era contagioso y sus compañeros siempre contaban con él para que les subiera el ánimo. Pero se preocupó un poco al ver lo cansados que estaban. Hacía tanto tiempo que vivían juntos que se habían convertido en una gran familia con sus propias normas y alianzas.

Estaban tan hechos polvo que decidió dar una vuelta por el pasillo para subirles la moral, pasando por el lado de Dmitri y Oleg, enzarzados en un rifirrafe.

Sus compañeros cada vez más nerviosos, fumaban cigarrillos y se quejaban por lo bajo. Algunos se habían puesto a hacer estiramientos o a ensayar sus números. Una chica rubia se topó con Voronin mientras daba dos volteretas laterales.

—¡Oh, lo siento, Voronin! —se disculpó ella—. No te había visto.

—Unas volteretas perfectas, Katia.

Ella le respondió con una descarada reverencia y luego tomó asiento al lado de sus hermanas, Katerina y Klara, sentadas con unos pesados libros de texto en el regazo.

Las acrobáticas Ovinko constituían las hijas virginales de la *troupe*, aunque ahora, a finales de la veintena, ya no estaba claro si lo seguían siendo. Eran tres variaciones sobre un mismo tema: listas, con cuellos largos y esbeltos, y ojos grandes. Dos de ellas eran rubias, y la mayor, morena.

—Esta cita con el ministro nos está quitando tiempo para estudiar —se quejó Katerina, la mayor de las hermanas, a Voronin.

—Entre las actuaciones y los ensayos, sólo nos quedan dos horas al día —asintió Klara.

—Vuestro padre estaría muy orgulloso de lo estudiosas que sois —les dijo Voronin con seriedad.

Viktor, el padre de las jóvenes y amigo de Voronin, había trabajado de acróbata en la compañía asegurando a sus hijas que podrían estudiar cuando él se jubilara. Pero al poco tiempo murió de improviso de un infarto y ellas pactaron empezar los estudios enseguida. Ahora hacía ya seis años que Viktor había muerto y las chicas seguían pegadas a sus libros de texto dondequiera que fueran. Por la noche, al terminar los ensayos y las actuaciones, los leían juntas en la misma cama cubiertas con gruesas mantas de lana. Las tres soñaban con ser médicos un día: sus libros de texto trataban de inmunología, fisiología humana y la *Anatomía de Gray*.

Junto a ellas estaban sentados Xavier y Zoe, los glamuerosos trapezistas y la única pareja casada de la compañía. Eran tan felices que incluso después de 20 años de

dicha conyugal seguían siendo muy reservados. La pareja sólo tenía ojos el uno para el otro.

A su lado, Irena y Lev, sentados juntos, calentaban los pies haciendo rodar con las plantas unos cilindros de madera. Actuaban en el mismo espectáculo haciendo acrobacias. Llevaban muchos años como pareja, desde que eran adolescentes. Irena, con la melena rubia cayéndole en cascada sobre los hombros y su cara etérea, seguía siendo tan joven y preciosa como la princesa de un cuento de hadas. Lev, con sus rizos rubios y su cuerpo atlético, también era muy guapo, pero por alguna razón seguían solteros.

—¿Cómo están los tortolitos? —preguntó Voronin.

—Bien —repuso Irena esbozando una leve sonrisa, pero Lev dio un resoplido.

—¡Estamos hartos, como todos! Si el patrón nos vuelve a mandar de gira, me largo del país —protestó él.

—No lo harás —insistió Irena.

—¡Claro que lo haré! —le soltó Lev cabreado—. Todavía soy joven y ágil..., no quiero seguir encerrado en este país.

—Pero tu chica vive en él —observó Voronin—. No la dejarías, ¿verdad?

Lev miró a Irena y se encogió de hombros.

—Si ella quiere, puede venir conmigo —repuso mirando a su novia y encogiéndose de hombros.

Irena, poniendo los ojos en blanco, miró a Svetlana, que ensayaba de pie pasando el torso y los brazos entre las piernas. Era muy raro encontrarla en cualquier pos-



tura normal, parecía estar siempre abriéndose de piernas o doblando y retorciendo el cuerpo para formar una elaborada rosquilla de carne.

Svetlana, diez años mayor que Irena, era la consejera y confidente de la joven. Había nacido en el circo y siempre había supuesto que lo abandonaría a tiempo para dedicarse a otra profesión o casarse, pero de algún modo eso nunca había sucedido. Se había quedado atrapada en la camaradería de sus compañeros de viaje y en las arraigadas costumbres de la vida circense. En las giras era inútil seducir a un hombre atractivo que fuera un buen partido porque a la semana siguiente ella ya se había ido con la *troupe* a otra ciudad. Eran los compañeros con los que viajaba y trabajaba con los que se había encariñado y creado un vínculo fuerte e inquebrantable.

Algunas noches mientras estaba sentada en su habitación, tejiendo una larga bufanda negra para nadie en especial, se preguntaba si algún día encontraría el amor.

Voronin no pudo evitar advertir que el suave pelo castaño de Svetlana realzaba su tez amelonada. Por lo general, la veía disfrazada con una peluca rosa y un montón de maquillaje, y ambas cosas le conferían el aspecto de una muñeca de trapo desechada.

—No sé cómo puedes hacerlo —le comentó Voronin maravillado mientras Svetlana se desanudaba y enderezaba.

—Y yo tampoco sé cómo puedes hacer tú los trucos de magia —repuso ella.

Voronin notó que se sonrojaba, no estaba acostumbrado a los cumplidos, sobre todo si procedían de una dama. Sabía que no era tan buen mago como deseaba ser, como lo *sería* un día si seguía poniéndole energía y empeño. Pero cuando los trucos de magia le salían mal en el escenario por un mal cálculo o error, sus compañeros toleraban sus meteduras de pata, al igual que hacían con sus interminables planes con vistas a un glorioso futuro.

—Sólo es necesario un poco de práctica, un poco de paciencia —le dijo a Svetlana—. Todo está en la mente, tanto el éxito como el fracaso. ¡Tienes que creer en ti mismo!

De pronto una bocanada de humo hizo toser a Voronin. Svetlana, al volver la cabeza, vio a Mariska, su compañera de habitación, enfundada en uno de sus ajustados vestidos, fumando un cigarrillo con teatralidad.

—¡Sabes que no puedes fumar aquí! —le espetó Svetlana irritada.

—No puedo evitarlo, soy una tragafuegos —replicó Mariska con su habitual acento de hastío—. Estoy ensayando, como tú. Inhalando fuego, en el fondo es lo mismo.

—Creía que habías dejado el tabaco y el vodka —terció Voronin.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo te interesas tanto por mis hábitos personales?

Él le dio la espalda sin responderle. El tono sarcástico de Mariska le ponía nervioso, nunca sabía qué contestarle cuando ella se metía con él.

El resto estaba charlando. Cuatro compañeros suyos hablaban en corro de algo privado: Peter Pitofsky, el director de pista, un tipo llamativo y extravagante con el pelo rubio de punta y un exagerado maquillaje; Sergey, el atractivo malabarista guaperas; Rustam, el serio e introvertido funámbulo; y Matvei, que hacía tanto de payaso como de presentador.

Voronin volvió a su silla, donde Dmitri y Oleg estaban concluyendo una acalorada discusión.

Este par eran los tíos jocosos de la compañía y llevaban en el circo desde niños. Formaban una pareja de lo más rara. Dmitri era alto, moreno y atractivo, y Oleg, bajo y fornido. Pero cuando se quitaban el maquillaje daban ganas de llorar. Tenían bolsas en los ojos y la espalda encorvada. Voronin se sentó en la silla donde había dejado la chistera y se puso a escuchar su conversación:

—A lo mejor te mandan a Siberia —dijo Oleg.

—¿A Siberia? ¿Por robar una lata de salsa de chocolate?

Oleg se encogió de hombros.

—Estoy harto de hablar de ello.

Pero Dmitri quería seguir con el tema.

—¡Estás loco! —bramó—. ¿A Siberia? Ni hablar —reflexionó sobre ello un instante—. Adonde me van a mandar es en todo caso a Mongolia.

—¿Créis que nos espera otra gira? —les preguntó Voronin.

Oleg rió con amargura.

—¡Claro! De Siberia a Mongolia. Y luego de vuelta.  
—Pues yo no pienso ir. Me voy a Estados Unidos  
—afirmó Voronin.

Oleg le dio un codazo y Dmitri le hizo callar.

—¡Otra vez con Estados Unidos! —exclamó Dmitri lo bastante alto como para que todo el mundo le oyera—. ¡Ja, ja, no me hagas reír! Sabes que no puedes decir esto aquí, Voronin —añadió en voz baja.

—Yo ni siquiera quiero ir a Estados Unidos —admitió Oleg—. De pequeño lo único que oía decir de ese país era que iba a atacarnos en cualquier momento.

Pero Voronin no le hizo caso.

—Yo pienso ir al Castillo Mágico de California —muscitó inclinándose hacia ellos—, el club de magos más prestigioso del mundo. El lugar más bello para un mago. Mi retrato también colgará un día en la pared al lado del de Houdini.

Hacía mucho que Voronin acariciaba este sueño. Desde que tuvo que sobrevivir como el hijo que sufría acosamiento de la familia más pobre del pueblo. En aquel tiempo los otros niños se burlaban de él por sus zapatos rotos y la cara de sapo que le hacía parecer mayor y hastiado antes de tiempo.

Era una cara que guardaba un cierto parecido con las de las estatuas de las iglesias ortodoxas rusas de cúpulas doradas, donde su madre los llevaba a él y a sus cuatro hermanas cada domingo por la mañana. Los niños se sentaban en una fila de lo más variopinta, rodeados de objetos dorados, incienso y un florido lenguaje, y Vo-

ronin se sentía al menos durante una o dos horas a salvo y a gusto en ese lugar.

Los otros niños también se burlaban de los progenitores de Voronin. Su padre se pasaba la mitad del día hurgando en la basura de los vecinos para darle de comer a su familia y el resto del tiempo bebiendo como un cosaco para olvidarse de ello, mientras su ajada madre, con un pañuelo rojo en la cabeza y las mejillas sonrosadas, se deslomaba en los trigales.

Viendo la vida de sus padres, el pequeño Voronin decidió concentrarse en otra mejor y más prometedor. Uno de sus tíos, un antiguo prestidigitador, solía enseñarle trucos de magia cuando iba a visitarlos. Se sacaba pañuelos de las mangas de la camisa y cartas de debajo de la gorra. Él observaba cada movimiento de su tío porque se había dado cuenta de que cuando luego él repetía estos trucos de magia, los demás le prestaban atención, aunque metiera la pata o realizara un truco tan sencillo como el de hacer desaparecer una moneda en la palma de la mano.

«¿Cómo lo haces?», le preguntaban los chicos que antes se mofaban de él.

Y no sólo los chicos, sino también las chicas, las mismas que antes no le hacían ni caso, peinadas con complicadas trenzas sobre las que él cavilaba en clase, unas trenzas de color roble tan gruesas como sogas. Cuando hacía sus trucos de magia plantado en un rincón era casi como si ellos le miraran embelesados.

—¡Oh, Voronin! —exclamaban con voces llenas de

admiración cuando él «adivinaba» la carta elegida—. ¡Es increíble!

Siguió practicando trucos de magia incluso al empezar a trabajar en los trigales. Vio que la gente se moría por creer en alguna clase de magia, fuera la que fuera. Les hacía sentir como si en el mundo actuara otra fuerza, una que no podían ver ni controlar, pero que un día podría beneficiarles.

Houdini era su ídolo y Voronin estaba encantado de que sus vidas se parecieran tanto. El famoso mago había nacido en Budapest, otro lugar frío y duro. Emigró a Estados Unidos con su familia judía y eran tan pobres que de niño tuvo que trabajar de limpiabotas. Hasta que un día su padre, el rabino de una congregación, le llevó a ver a un mago ambulante y se quedó prendado del ilusionismo.

Houdini era una persona segura de sí misma, con el don de la exageración, que sabía mantener al público en vilo, y Voronin ansiaba poseer estas cualidades.

Como ya desde niño sabía que para triunfar tendría que largarse de la Unión Soviética, iba en autobús a las polvorientas bibliotecas y se pasaba horas en ellas estudiando las fotos de lugares exóticos. *Figura 2: Los canales de Ámsterdam. Figura 6: El Louvre, bañado por la luz dorada del sol.* Le daba igual que los libros fueran del año de la pera. Estas ciudades y sus maravillas seguirían existiendo, le esperarían hasta que por fin las visitara. Siguiendo los pasos de Houdini, se lanzaría al Sena en París, se liberaría de las esposas de Scotland Yard, se dejaría encerrar en una cámara de tortura china colgado boca abajo por los pies.

Cuando se desanimaba, se recordaba que Houdini tardó muchos años en triunfar.

Pero lo que más le atraía era la exuberante prosperidad de Estados Unidos, sobre todo de California. Era su mayor sueño, el lugar donde ansiaba ir.

Voronin, tras buscar en las bibliotecas, encontró una foto en color que personificaba con tanta perfección el mundo americano que por poco le da un patatús. Una sonriente familia circulaba por una carretera impecable en un descapotable rojo y al fondo aparecía el mítico letrero de «Hollywood». El viento hacía ondear el cabello rizado de la madre y la hija, pero no agitaba las palmeras ni alborotaba los mechones negros y varoniles del padre y el hijo. El sol se ponía en un infinito cielo azul.

Sería su foto preferida a lo largo de toda su vida. Se dirigió al lavabo y la recortó cuidadosamente con su navajita, ése fue su primer y único delito. Algún día él podría ser, mejor dicho *sería*, como aquella familia.

Más tarde Voronin descubrió lo más importante de todo: que la foto de Houdini y la réplica de la cámara en la que hablaba con los espíritus se encontraba en el Castillo Mágico de Los Ángeles, una magnífica mansión victoriana donde actuaban los mejores magos del mundo. Había leído sobre este Shangri-la en un periódico prohibido introducido clandestinamente en la Unión Soviética por el hijo de un primo suyo que había huido del país.

Leyó que el Castillo Mágico era un club privado para magos, y la sede de la Academia de Artes Mágicas, una

organización especial dedicada al fomento de este arte milenario. El objetivo de la Academia era impulsar y promover la magia, haciendo hincapié en conservar su historia como una forma de arte, entretenimiento y afición. La Academia, que empezó con 150 miembros, se había convertido ahora en una fraternidad famosa mundialmente con casi 5.000 miembros.

*Pronto él haría que fueran 5.001, pensó Voronin.*